



CUANDO LOS MERCADOS **históricos**
QUE OCUPABAN EL CENTRO DE LAS
GRANDES CIUDADES EUROPEAS HAN
DESAPARECIDO, EL MERCADO CENTRAL
DE VALENCIA SIGUE SIENDO UNA **fiesta**
PARA LOS SENTIDOS Y UNA IRREDUCTIBLE
SEÑA DE **identidad** DE LA CIUDAD.

MERCADO CENTRAL

El pulso de Valencia

TEXTO Y FOTOS: **Rafael Chirbes**

Cada vez que el viajero visita el Mercado Central de Valencia, se ve contagiado por esa gozosa sensación que provoca el espectáculo de la vida en los raros lugares en que cristaliza de un modo singular y se carga de significantes. La belleza del edificio, con sus cúpulas metálicas dejando que la luz bañe el interior y se refleje en sus vidrieras multicolores, la profusión de puestos (más de mil doscientos, de los que un centenar largo se dedica a pescadería), la extraordinaria limpieza, la alegría y elegancia de las vendedoras, con sus impecables mandiles blancos bordados, sus soberbios peinados, sus ramilletes de flores, sus risas y sus palabras llenas de gracia y picardía cuando intentan atraer al cliente; así como la riqueza de los productos expuestos, convierten cada visita en una fiesta.

Por poner unos pocos ejemplos de esa variedad aludida: en su última visita, el viajero contó una veintena de distintos tipos de embutidos frescos,

Las cúpulas metálicas del Mercado Central de Valencia dejan que la luz bañe el interior y se refleje en sus vidrieras multicolores.





Escudo de la Lonja



Decoración modernista en la fachada

Exterior del mercado

Iglesia de los Santos Juanes





La profusión de puestos, la extraordinaria limpieza, la alegría y elegancia de sus vendedoras, convierten cada visita al Mercado Central en una fiesta de opulencia y color.

recién hechos, en un solo puesto (cuatro clases de morcillas de cebolla, butifarró, morcillas de carne, de arroz, longanizas, blanquets, sabandíes...); una docena larga de variedades de caracoles en otro; y, en una verdulería, se exponían ocho o nueve clases diferentes de judías tiernas (garrofó, ferraura, roiget, bajoca, fina, mantequeta...), por no hablar de los puestos en los que se exhiben anguilas vivas, que se sacrifican a petición del cliente, o de la herboristerías, y especierías, de las panaderías y pastelerías, y de las magníficas tiendas de salazones; del lujo de tapas y bocadillos que pueden consumirse tanto en el bar del interior del edificio como en los que hay en los alrededores a la hora de esa ceremonia del almuerzo, que para un valenciano roza el carácter de lo ceremonial, de lo sagrado.

Al viajero -ya está dicho- le invade aquí una emoción muy especial, que en su madurez sólo le han transmitido algunos rincones de la medina de Fez, o los interminables y deslumbrantes mercados del sudeste asiático: Tanjung Pinang, en las islas Riau; el mercado de las mujeres de Cantón. Claro que, mientras que la sensación que ha experimentado en esos lugares orientales ha sido de cegadora extrañeza, en este mercado de Valencia la opulencia lo invita a un reconocimiento, a un misterioso reencontro consigo mismo, con la memoria genética propia y de una tierra que, a punto de perder su identidad en tantos lugares, tiene aquí un hilo conductor que la devuelve a ese pasado de huerta esplendorosa, un horizonte democrático de apios, acelgas, coliflores, pimientos, calabazas, cebollas tiernas, ajetes, rábanos, chirivías, nabos y patatas de la tierra que, bellamente presentados sobre los mostradores apenas unas horas después de haber sido cosechados en las cercanas huertas, dan fe de una forma de ser y de estar; siguen poniendo las huellas dactilares de esta tierra confusa. Así que, al viajero, aquí se le mezclan irremediablemente el gozo y la nostalgia.

Porque el viajero conoció el Mercado Central de Valencia cuando era un niño, cogido alternativamente de las manos de su abuela, de sus tías abuelas y de su madre. Y este mercado guarda para él todavía el color, los olores y la intocada alegría y malicia de la infancia. Para un niño pueble-

rino, la opulencia y variedad de productos, la cantidad de puestos, que por entonces desbordaban las escaleras del edificio modernista y prolongaban el mercado en el exterior, continuando la increíble oferta en las covachuelas que hay bajo la tribuna de la iglesia de los Santos Juanes y también en las calles cercanas, los bajos de cuyos edificios estaban apretadamente ocupados por tiendas en las que se vendían salazones, especias, aperos, juguetes, figuritas de Belén, o telas, componían una fascinante cueva de Ali Babá, un abigarrado zoco cuya belleza y borrachera de ruidos, colores y olores no volvería a reconocer hasta muchos años más tarde, en esos lugares lejanos citados antes: Fez, Cantón, las islas Riau.

En Valencia, el barrio del mercado todavía era por entonces el indiscutible centro de la ciudad, hasta donde se metía la plenitud de la cercana huerta, el perfume de sus jardines, y también el del mar. Huertanos de Alboriá, de Campanar, de Silla, pescadores de anguilas y llisas desembarcadas en el puerto de Sollana, o pescaderías que venían con su cargamento de salmónetes, sepionets o tellinas desde los barrios marineros del Cabanyal, mezclaban sus voces con los rítmicos sonidos de los cercanos talleres artesanos en los que se tejía la anea o el esparto, o se golpeaba el metal; en los que se construían muebles, o se bordaba.

Los olores de las verduras cosechadas apenas unas horas antes, de los peces frescos y de las flores se mezclaban con los de las maderas y colas, con los del lino, el algodón, o el papel recién guillotinado.

El barrio del mercado ha sido, en Valencia, además del vientre de la ciudad, su corazón. Un corazón formado durante siglos, porque su trazado ocupa la antigua alcaicería árabe y prolonga desde hace al menos un milenio su función. La toponimia de las ca-



VICENTA LLORIS

Presidenta del Mercado Central de Valencia, elegida en asamblea por los más de cuatrocientos comerciantes. Desciende de una familia de elaboradores de embutidos y ella misma ha regentado un puesto hasta hace unos años. Incansable impulsora de la renovación y modernización del mercado y de su autogestión.





lles adyacentes da fe de esa vieja vocación: Correjería, Bordadores, Zurradores, Tundidores, Adressadors, Cerrajeros, Cedaceros, Calabazas, Sombrerería, Cadirers (silleros), Carniceros, o Bolsería. La actual Plaza de Lope de Vega, junto a la Plaza Redonda, se llamó antes Peixcateria y luego de les Herbes, expresando también su vieja función mercantil. Del mismo modo que el barrio que se extiende a espaldas del actual edificio recibe el nombre de Velluters, o de los seditos.

El Barri del Mercat, o Barrio del Mercado, ha sido el agitado corazón democrático de Valencia, que reunía apretadamente a todas las clases sociales de la ciudad: a las señoras que elegían su traje de seda en alguna de las cercanas tiendas; a los campesinos y pescadores que acudían a vender sus productos; a los huertanos que -como la familia del viajero- llegaban desde pueblos situados a decenas de kilómetros para efectuar sus compras estacionales en la altilia y rica capital; a los carteristas, mecheras y mendigos que se amparaban en la aglomeración humana de la zona para buscarse la vida.

En eso, Valencia se ha parecido a París, con sus multitudinarias Halles, que formaban el punto de encuentro de todas las viejas vías de entrada a la ciudad, un mercado milenario que el viajero conoció en su agonia, y en el que las marquesas saltaban al amanecer entre cajas de pescado para acudir a comerse unas ostras recién llegadas de Cancale o una sopa de cebolla. Se ha parecido en eso también a Londres, con su céntrico y abigarrado Covent Garden, donde el profesor Higgins se encontraba a Elisa Doolittle entre ramos de flores y montañas de hortalizas.

Blasco Ibáñez escribió la tragedia social del mercado valenciano en Arroz y Tartana. La tragedia de los niños pobres a quienes sus padres traían desde las hoscas tierras



de Teruel y los emborrachaban de colorido y abundancia antes de abandonarlos entre la multitud mirando el pardalot, la enorme cotorra de la veleta de la vecina iglesia de los Santos Juanes, con la esperanza de que algún empleado de las cercanas tiendas, víctima -también él- de una historia semejante, se apiadara del solitario y lo metiera a trabajar en su casa. Blasco cuenta en su libro, sobre todo, la tragedia de los tenderos valencianos del Mercado Central, que se dejaban fascinar por una supuesta elegancia foránea y, convertidos en pretenciosos burgueses, olvidaban la filosofía del trabajo honesto para apostar por la ganancia fácil de la especulación. Una burguesía tantas veces embobada por lo exterior, por el hueco estilo de quienes hablaban en castellano como signo de distinción frente al lenguaje del pueblo.

En Arroz y Tartana también describió Blasco Ibáñez la opulencia de este mercado, con palabras que servirían para contarle todavía hoy: "Allí, los oscuros manojos de espinacas; las grandes coles, como rosas de blanca y rizada blonda encerradas en estuches de hojas; la escarola con tonos de marfil; los humildes nabos de color de tierra, erizados todavía de sutiles raíces semejantes a las canas; los apios, cabelleras vegetales, guardando en sus frescos bucles el viento de los campos, y los rábanos, encendidos, destacándose como gotas de sangre sobre el mullido lecho de hortalizas".

La descripción se prolonga a lo largo de varias páginas. Blasco enumera los sacos que llenan las patatas de Aragón, las tiendas de hojalateros en los bajos de la cercana iglesia de los Santos Juanes, cuya arquitectura forma una pieza más del imponente mercado, los puestos de castañas, avellanas, nueces y "las bellotas dulzonas", los tarros de miel, "los pimientos y tomates con sus rubicundeces falsas de productos casi artificiales; los guisantes en sus verdes fundas", las inmensas piernas de toro, los cabritos desollados, "con las orejas tiesas, los ojos llorosos y el vientre abierto, como si acabase de pasar un Herodes exterminando la inocencia", las gallinas, pollos, gallos y patos, los pavos que, para la Navidad, llegaban a orillas del Mediterráneo desde Extremadura cruzando las llanuras de La Mancha, las salchicheras, con las longanizas, y las filas de jamones ta-



El Mercado Central, sólida catedral de hierro, ladrillo y cerámica, forma, con su conjunto de cúpulas, tejados a varias alturas y perfil zigzagueante, un espacio arquitectónico bellissimo.

AMPARO PUERTO

Pescadera del Cabanyal. Su madre, Amparo Belenguer, apodada la Perla, fue una de las fundadoras del Mercado Central. Ella y sus dos hermanas han trabajado siempre aquí, y ahora lo hacen los hijos. "Mi bisabuela y mi abuela ya eran pescaderas", dice con orgullo.



En Valencia, el Barrio del Mercado no sólo ha sido el vientre de la ciudad sino también su corazón, forjado durante siglos a golpes de historia.

pizando las paredes, las tocinerías, que "tenían el frontis adornado con pabellones de morcilla" y la blanca manteca en palan-ganas de loza; los despachos de los atune-ros que exhibían "los aplastados bacalaos que rezuman sal"; las tortugas, "las pinta-rajeadas magras de atún fresco, el fresco solomillo, las ricas morcillas para la panta-gruélica olla de Navidad, los legítimos gar-banzos del Saúco comprados al choricero extremeño"; el puesto del de Jijona, cuya "mesa blanca, de inmaculada pureza, sus-tentaba formando columna, las cajitas de áspera película conteniendo el harinoso turrón, los cajones de peladillas y las uvas puntiagudas, hábilmente conservadas, lus-trosas y transparentes, como de cera y con un delicado color de ámbar".

El viajero leyó por vez primera esa des-cripción a finales de la década de los cin-cuenta, cuando -siendo aún un niño- ya no vivía en Valencia y sólo volvía a su tierra es-porádicamente. Leyó las páginas de Blasco en una ciudad castellana, y le trajeron, quizá por vez primera en su vida, un sentimiento que luego lo ha acompañado en tantas oc-a-siones: la melancolía de una identidad. Tam-bién él se reconocía hijo de esa humilde y grosera abundancia sin alma que en el es-piritual invierno de Castilla, a la sombra cecial de relicarios y sepulcros santos, costaba has-ta imaginar.

El libro de Blasco se publicó en 1894, cuando en el mercado aún se vendía bajo las velas o toldos, porque no se había cons-truido el actual y magnífico edificio mo-dernista de Guardia Vial y Soler March. Esa catedral de hierro, ladrillo y cerámica, inaugurada en 1928, y que tan bien descri-be Trinidad Simó en su libro "Valencia. Centro Histórico", cierra, con sus cúpulas, tejados a varias alturas y perfil zigzaguean-te, uno de los espacios arquitectónicos más hermosos del país, el triángulo forma-do por el propio edificio del mercado, la fachada barroca -un imponente retablo de piedra- de los Santos Juanes y la sobria ele-gancia de la Lonja gótica que construyó Pere Compte, y que fue inaugurada en 1344, también ella pieza de ese conjunto dedicado al comercio: lonja de mercade-res, erigida como un símbolo de trabajo bien hecho, equidad y riqueza en el cora-zón de aquel barrio que, tras los privilegios concedidos por Jaime I y Pere el Ceremo-

niós, atraía a los comerciantes de todo el mundo.

Refiriéndose a aquellos años de esplen-dor bajomedieval, dice la escritora María Angeles Arazo en su libro dedicado al 60 Ani-versario del Mercado Central de Valencia: "La fama del Mercado de Valencia trasciende Europa y aquí vienen a establecerse los fran-ceses -en la calle Dels Drets- que vendían te-jidos, blondas y encajes, así como quincalla fina; en la de los Hierros de la Lonja abren sus tiendas los mercaderes suizos y alema-nes, expendedores de quincalla barata; y en la de La Bolsería, genoveses y malteses, que monopolizaban el comercio de lienzos." Va-lencia era entonces la orgullosa capital del Mediterráneo cristiano occidental y compe-tía en riqueza y actividad con Génova y Ve-necia.

Luego vino la decadencia de la ciudad, que culminaría con el decreto borbónico de Nueva Planta, cuando fue castigada por haber apoyado al archiduque Carlos y pri-vada de sus particularidades y privilegios, pero el mercado siguió siendo el lugar en el que la ciudad se tomaba el pulso, donde mejor se detectaban sus altibajos y sus mo-dales. Entrado ya este siglo, le nació un competidor peligroso, engendrado por una de esas periódicas traiciones de la bur-guesía valenciana a lo mejor de la identi-dad de su tierra.

Los burgueses esnobes y recién instala-dos en el nuevo ensanche quisieron alejar a sus esposas del contacto popular al que las sometían las periódicas visitas al Mer-cado Central y levantaron en el nuevo bar-rio un edificio elegante, el Mercado de Colón, para poder comprar "chez soi". Hoy, medio siglo más tarde, el que fuera elegante mercado de Colón permanece abandonado a la espera de que alguien le dé un uso a la altura de su hermosa arqui-tectura de ladrillo e historiadada cerámica, mientras que el gran mercado popular



VICENTE PERIS

Es de Russafa. Tiene cuarenta y cinco años y lleva desde los quince aquí. Su abuelo vendía delante de la Lonja antes de que se construyera el mercado. Su tienda de salazones es de las mejor surtidas, y él, además de vender, conoce al dedillo los procesos de elaboración y el camino de los productos cociales, incluso de los más preciados y escasos, como el pulpo seco, la mussola o el budellet.





DOLORES LLOP

Su madre tenía una verdulería desde que se inauguró el mercado en 1928. En el setenta, la convirtieron en tienda de especias. Nacida en Russafa. Además de los productos de Ceilán, las noras de Murcia, el azafrán de la Mancha o los pimientos de Guipúzcoa, trae hierbas frescas: menta, poleo, cebollino, hierbabuena, albahaca, tomillo, pebrella, poleo o tila.



PEPA PÉREZ

Posee una tienda de fiambres con su hermana. Trabaja en el mercado desde 1947, aunque su familia, por entonces, ya llevaba muchos años instalada en él. Sus abuelos vendían bajo las velas antes de que se inaugurara el actual edificio. Nacida en el vecino barrio de Adressadors, le gusta trabajar con género artesanal elaborado en pequeñas fábricas. Desconfía de las grandes marcas: "Es el vendedor el que tiene que convencer de la calidad del producto al cliente", asegura.



AMPARO VÍVÓ

"Desde pequeña no he conocido más sitio que éste", dice riéndose. Antes de que se construyera el actual mercado, vendió en la calle, bajo las velas que instalaban las labradoras. Nacida en Alboriá, su verdulería es un espléndido escaparate de la huerta. Para que todo esté a punto y bellamente presentado, cada día cuatro personas ordenan cuidadosamente los productos desde las seis hasta las nueve de la mañana.

vuelve a vivir un momento dulce. Como suele ocurrir también periódicamente en esta tierra, la huerta y el mar sirvieron fría su venganza.

Boutades aparte, durante un par de décadas (desde finales de los sesenta a mediados de los ochenta), el propio Mercado Central estuvo a punto de correr la misma suerte que el del ensanche. El progresivo abandono de los puestos, la incuria, el desánimo empezaron a adueñarse de un espacio histórico que parecía llamado a la derrota ante la invasión de supermercados y grandes superficies. Afortunadamente, la sociedad civil, encarnada en los propios vendedores, reaccionó a tiempo. Los más de cuatrocientos propietarios de puestos se organizaron de manera autónoma, e iniciaron una lucha por su salvación, cuyos espléndidos resultados puede contemplar el visitante un decenio después de los primeros movimientos de reacción de estos vendedores, muchos de ellos nacidos en la huerta y en los barrios marineros, e instalados en el Mercado Central desde hace tres o cuatro generaciones.

Sorprende ver tan vivo y tan cómoda y armónicamente asentado en el corazón de la ciudad este mercado que, después de su laboriosa lucha por la supervivencia, se ha convertido en símbolo de permanencia, cuando las palas se llevaron hace un cuarto de siglo los pabellones metálicos de Baltard que componían Les Halles de París y ha desaparecido el Covent Garden de Londres.

En Valencia, los vendedores, asociados y tomando sus decisiones -incluidos los presupuestos y la presidencia- por el democrático procedimiento de la asamblea, y recogiendo la tradición de cultura civil tan propia de la tierra, y que el vecino edificio de la Lonja atestigüa, han vuelto a revitalizar la relación entre los habitantes de la ciudad y el espléndido campo y el mar que la rodean.

Se han convertido ellos mismos -los activos vendedores del mercado- en una fuerza que se escapa del edificio modernista y presiona para que, con el mercado, se salve el centro histórico de la ciudad. Están convencidos de que el esplendor de su mercado sólo podrá mantenerse si se devuelve idéntico esplendor a un barrio hermoso y también abandonado durante decenios. El esfuerzo de esta gente repite ese espíritu de Pere Compte, el constructor de la Lonja, de respeto al trabajo bien hecho, a la libertad y la variedad amenazadas por el hambre insaciable de las multinacionales y las grandes superficies. Los vendedores del Mercado Central se han convertido en estos momentos -a costa de inteligencia, voluntad y trabajo- en una pieza fundamental para reconstruir la identidad de Valencia. En Valencia lo sabe todo el mundo y la gente acude a ese mercado con la alegría del que va a una fiesta y el orgullo de quien reivindica algo muy hermoso. ■